



Mai. 1847.

LE PARISIEN.

Costumes des Ateliers de M. H. Barde Schmitz & Doreur, 12, Rue de Choiseul
Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne

PARIS.

LONDON published at the Monitor de la Mode Office by FEUILLET-DUMUS.
15 Greek Street Soho Square





148

LE MONITEUR DE LA MODE.

Journal du Grand Monde

*Coiffures de la Maison Topelin Duearren, Modes d'Alexandrine, Chapeaux de paille de
Fleschelle, Mouchoirs de Chapron et Dubois, 7, rue de la Harpe, fleurs de Mortens, Ombrelle de Mottet, Bout.*

Perfumerie, 7, Echarpe du Versau, Rue Richelieu

Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne

Ayuntamiento de Madrid

NEW-YORK. E.B. Strange et Brother. FER. BELLIZARD et Cie à St. Petersburg.

LONDON. at the Moniteur Office F. DUMUS 15 Greek Street Soho.



LA PERLA.

Las perlas se han considerado siempre como preciosos adornos, y son estimadas y conocidas desde la mas remota antigüedad. Distínguense en perlas orientales y occidentales, segun donde se pescan: las primeras pasan por mas bellas y son muy estimadas. Las mas perfectas por su bello iris, sus aguas y la hermosura de sus formas son las del golfo pérsico, entre las islas de Olmo y Basora. Las mas buscadas son las perfectamente redondas, porque su iris es mas vivo y variado.

Las ostras de las perlas, ó sea la concha en donde se hallan encerradas, se encuentran algunas veces de un tamaño extraordinario, pues las hay de mas de ocho ó diez pulgadas de circunferencia. El cuerpo del animal es blanco y glutinoso; el interior de la concha, el verdadero nacar, tiene mas brillo y hermosura que la misma perla; el exterior es liso y de un color pardo. Las perlas por lo regular se hallan encerradas en la parte mas gruesa y mas carnosa de la ostra. A veces una sola ostra contiene muchas perlas; y se cuenta de una que produjo ciento cincuenta. La perla es sin duda el resultado de algun depósito accidental durante el gradual crecimiento de la concha; y aunque pequeña en un principio, crece por medio de capas sucesivas de la misma materia. Hay algunas conchas revestidas en lo exterior de puntas afiladas, y en lo interior de una materia semi-opaca argentífera que refleja todos los colores del iris, y que se le llama, como queda dicho, *nacar*, el cual se emplea para embellecer muebles é instrumentos.

La perla debe considerarse como una exudacion de aquella sustancia nacarada, la cual, en vez de estenderse se aplica sobre los cuerpos extraños que han penetrado entre la concha y el cuerpo del animal: para convencerse de ello

pártase una perla, y se verá que se halla formada de capas concéntricas, alternadas de membrana animal y carbonato calcáreo, conteniendo en su centro el cuerpo extraño que produjo la formacion. A esta estructura es debido sin duda la figura, brillo y color de iris que en ella se observa.

Tambien se imitan las perlas: artificialmente se han hecho tan iguales, que ha sido preciso examinarlas de cerca para cerciorarse de la falsificacion.

Las perlas se dividen en dos clases: redondas y hoyosas ó imperfectas. Su tamaño y redondez, su color y brillo las hace perfectas, y en este concepto son mas apreciadas que el aljofar ó perlas hoyosas, que se aprecian mucho menos.

Antes de concluir haremos una descripcion, aunque breve, del modo y prácticas que usan para cogerlas.

A fines de otoño es cuando comienza la pesca, en la que se ocupan multitud de barquichuelos que llegan de diversos puntos. Despues de varias abluciones, sortilegios y ceremonias supersticiosas, los barcos se hacen á la vela bajo la direccion de sus pilotos, y al aproximarse á los bancos echan el áncora y esperan la llegada del dia. Bien entrada la mañana, cuando ya el calor solar ha adquirido alguna fuerza, dan principio los buzos á sus operaciones con los palos de virar y otras piezas de madera, forman una especie de andamio que pasan de una parte á otra del barco, y del cual desprenden la piedra de buzar, que se introduce en el agua hasta unos cinco pies de profundidad; su peso es de mas de cincuenta y seis libras, y su forma como la de un panal de azúcar: la cuerda que la sostiene contiene en la parte inferior un estribo para recibir el pié del buzo. Este lleva por única vestimenta un pedazo de tela rodeado á las caderas: pone un pié en el estribo, y permanece de pies algunos instantes sostenido por el movimiento de uno de sus brazos: entonces le arrojan una red en forma de canasta, rodeada de un áro de ma-

dera, en el cual coloca el otro pié, llevando en sus manos las cuerdas de la canasta y de la piedra. Cuando se halla en estado de sumergirse cubre con una mano sus narices, á fin de que el agua no se introduzca, dá un impulso á la cuerda de la piedra, á cuyo esfuerzo se desata el nudo que la sostenia, y se vá á fondo. Llegado á este saca el pié del estribo, é inmediatamente tiran de la piedra y vuelven á atarla al palo de virar: entonces el buzo se arroja boca á bajo, recoge y pone en la canasta cuanto le viene á las manos. Pronto ya á salir del agua tira fuertemente de la cuerda, cuyo extremo está en manos de los que componen la tripulacion, quienes la hacen subir con suma brevedad. Entre tanto el buzo, desembarazado de todo estorbo, sube por sí mismo á lo largo de la cuerda, y por sus esfuerzos consigue llegar á la superficie con bastante anticipacion á la canasta, entreteniéndose en nadar á alguna distancia del barco, en el cual es muy raro verle entrar antes de concluir la jornada, ó bien tomando un remo ú otro cualquier útil, con que pasa el tiempo hasta que le llega el turno de volver á bajar. Un buzo apenas permanece minuto y medio debajo del agua; sin embargo, siendo diestro y estando sobre una capa abundantemente provista de ostras, puede reunir en tan corto espacio hasta unas ciento cincuenta. Para cada piedra de buzar hay por lo general dos pescadores, que bajan alternativamente, descansando el uno mientras el otro trabaja. Concluido este ejercicio los buzos suelen sangrar por las narices y los oídos, lo que les alivia mucho. Su trabajo le consideran como un agradable pasatiempo, y aunque estén ocupados seis horas seguidas no dan á conocer el mas mínimo descontento, á no ser que las ostras escaseen. Cuando se aproxima la noche el piloto hace la señal, la flotilla se reúne y navega hácia la costa, donde la aguarda una inmensa multitud; cada barquichuelo entra en el punto que le está designado, y las ostras se trasportan á grandes almacenes, donde permanecen hacinadas y bien custo-

diadas durante diez dias, tiempo necesario para que se corrompan. Cuando ya se hallan en un estado conveniente, las arrojan por espacio de doce horas; luego las abren, las lavan, y entregan las conchas á los desgastadores, los que desprenden las perlas con la ayuda de unas tenazas.

Después de haber levantado todas las conchas, las sustancias de las ostras permanecen en el fondo del estanque con la arena y los fragmentos de las que se han roto; y para extraer las perlas mezcladas á estos desperdicios los lavan diversas veces, cuidando de colar las aguas en que se ejecuta. Lavada ya y seca la arena se acriba; las perlas gruesas se sacan fácilmente; pero la separacion de las pequeñas, conocidas bajo el nombre de *simiente de perlas*, es un trabajo algo difícil. Después de esto las separan por clases, segun su grandor, y por último las ensartan y las remiten al mercado.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES.

Hé aquí á este propósito una curiosa anécdota francesa del siglo último, que arguye algun ingenio.

Hallábase cierto dia la duquesa de Aiguillon con otras seis amigas en compañía de Mr. Chauvelin. Era este un hombre tan fino como galante; pero ya se deja conocer que cualquiera, por mucha imaginacion y fecundo ingenio que tenga, se ha de ver embarazado para sostener conversacion con siete mujeres á un tiempo, y decir lisonjas á todas. Mr. de Chauvelin no sabia cómo salir del compromiso, cuando vino á sacarle airoso de él la pregunta de una de las damas.

—Vaya, caballero, ¿á qué nos comparais? dijo riendo la duquesa de Aiguillon.

—Señora, respondió sin vacilar, sois muchas para compararos á las gracias, y demasiado pocas para compararos á las Musas; por fuerza habré de compararos á los siete pecados capitales.

Las damas, como era de presumir, no encontraron la comparacion de muy buen gusto, y empezaron en coro á dar zumba al caballero, un si es no es ofendidas de su estraña galantería; condenándole á que reparase en particular aquella ofensa hecha colectivamente.

Mr. de Chauvelin recogió el guante; hizo siete billetes, escribió en cada uno de ellos el nombre de uno de los siete pecados capitales, y despues de haberlos barajado fué distribuyéndolos entre las damas; con lo que vino á tocar á cada una un pecado; y como en aquel tiempo estaban muy en voga las poesías cortas, galantes y agudas, dedicó á cada pecado un ingenioso epigrama. Helos aquí.

A MADAMA DE COURSELLES.

(*La Cólera.*)

Sin disputaros el derecho
Que á la cólera teneis,
Pudiera á vuestro despecho
Impedir que de él useis:
¿No sabeis de qué manera?...
Enfadaos inclemente,
Contra aquellos solamente
Que no os hallen hechicera.

A MADAMA DE CHAUVELIN.

(*La Glotonería.*)

Es tan linda vuestra boca,
De coral y rosicler,
Y mi afán tanto provoca,
Que me duele (¡aprension loca!)
No ser cosa de comer.

A MADAMA SURGERE.

(*La Avaricia.*)

Haceis muy bien, ¡vive Dios!
En ser como sois avara;
Pues si fuérais mia vos,
En lo avara aun os ganára.

A MADAMA DE MONTLOSIER.

(*La Liviandad.*)

¿Cómo, si sois enemiga
De este pecado, obligais
A todos cuantos os miran
El pecado á recordar?

A MADAMA DE MAINVILLIERS.

(*El Orgullo.*)

Antes de encontrarse en vos
El orgullo, era mirado
Mas bien que como pecado
Como un vicio; mas ahora,
Inocente, sin malicia,
Virtud es, porque es justicia.

A MADAMA D' AIGUILLON.

(*La Pereza.*)

Obrais cuerda en preferir
El pecado de pereza:
Pues os basta la belleza
Para triunfar y rendir,
No os movais ni un paso deis,
Que en vuestra silla sentada,
Sereis vista y admirada,
Y sin luchar vencereis.

A MADAMA DE PRIE.

(*La Envidia.*)

Muy fácilmente os perdono
Del pecado que os tocó;
Pues en él incurro yo
(Lo confieso en vuestro abono),
Cuando miro al aura leve
Que escondida entre el cabello,
A besar feliz se atreve
El marfil de vuestro cuello.

A. B.

ALKORÁN.

ESTRACTO DE ALGUNAS DE SUS FÁBULAS.

Uno de los personajes famosos de quien se habla mas en los libros sagrados de los mahometanos es Salomon. Segun ellos, este rey tenia un ejército compuesto de hombres, aves y demonios. Una hormiga, que mandaba á todas sus compañeras, advirtiéndole que venia este ejército formidable, dijo á sus vasallas que se escondieran, porque estaban espuestas á ser aplastadas bajo los pies de los soldados de Salomon. Cuando este fijó sus tiendas y pasó revista á las aves, echó de ver que faltaba la abubilla, y juró que habia de hacer con ella un escarmiento que sonase, si no daba excusa muy legítima. En efecto, la dió á su vuelta, diciendo que habia estado en Sabá y visto allí una reina hermosísima que adoraba el sol. Quiso Salomon averiguar la verdad, y escribió á dicha princesa rogándola que tuviese la bondad de pasar á visitarle. Fué la reina, y Salomon para obsequiarla mandó que

un diablo trajese su trono en un momento para recibirla en él. Tambien la dió un chasco gracioso y teatral, porque dispuso un salon cuyo pavimento era de vidrio muy doble, y por debajo corrian las aguas. Cuando la reina de Sabá fué á entrar se descalzó para no mojarse los zapatos; y añaden los espositores árabes que la buena señora tenia las pantorrillas tan belludas como un asno, lo cual desagradó tanto al rey Salomon, que sin embargo de haber hecho ánimo de casarse con ella se detuvo al verlo: afortunadamente ya en aquella época los *cosméticos admirables* y las *pomadas maravillosas* empezaban á conocerse; así es que no faltó un demonio que confecionase en un instante un ungüento de cal viva, con el cual desapareció esta deformidad, y se pudo celebrar la boda.

En otra parte del Korán se lee que Salomon tenia encadenados los vientos, y que hizo nacer una fuente que manaba bronce líquido, con el cual hacia trabajar objetos muy preciosos á sus artífices, que eran diablos. Los espositores añaden en sus comentarios al capítulo XXXVIII del libro llamado *Sura*, que toda la fuerza y poder del reino de Salomon consistia en poseer un anillo precioso, el cual dejó en cierta ocasion á una jóven, mientras atendia á una necesidad que no daba espera; pero el demonio, envidioso de la fortuna del monarca tomó su figura y se hizo dueño de la sortija, de manera que cuando salió Salomon nadie le conocia ni le queria respetar como soberano. El usurpador se sentó en el trono real, mudó las leyes que regian al pueblo, y echó el talisman en el mar. Conoció el ex-rey ser castigo del cielo, y despues de peregrinar por el mundo mucho tiempo llegó un dia á una cabaña de pescadores, á quienes pidió alguna cosa de comer: sirviéronle un pescadito, y ¡oh sorpresa! al dividirlo halló en su vientre el perdido anillo, y con él volvió á reinar, arrojando al diablo usurpador con una piedra al cuello en el mar de Tiberíades.

En el cap. XXXIV se refiere la muerte de

este mismo monarca, y fué de la manera siguiente:

Estando inspeccionando los trabajos de sus obreros se vió atacado de repente de un tan fuerte dolor de estómago, que se recostó sobre el báculo que llevaba, y con la fuerza del dolor quedó muerto; pero en estado y figura tan natural, que nadie lo conoció. Tampoco se atrevían á acercarse á él, y quedó en esta situación durante un año entero; y acaso estaría aun así, á no haber subido por el báculo un gusanillo que lo fué carcomiendo poco á poco, hasta que se quebró, y cayendo entonces el rey sin movimiento vieron que era cadáver.

Hablando Mahoma de su viaje á los cielos, refiere cosas estupendas. Segun él hay sobre el firmamento un mar de niebla, sobre este otro mar de aire, despues otro de piedra y otro de oscuridad; luego siguen el sol y la luna; luego el nombre de Dios; un poco mas arriba la súplica y la oracion; mas adelante San Gabriel, un pergamino, setenta mil intervalos de luz y otros prodigios por el estilo. Cada nombre, dice, tiene un ángel bueno y uno malo, sentados sobre sus hombros, que le sirven de secretarios y lo escriben todo: su lengua es la pluma; pero Dios hizo una pluma tan larga que no se podria correr su longitud en 500 años ni cruzar su ancho en 80. Esta pluma tiene ochenta puntas que no cesan de escribir jamás. Volando el ángel San Gabriel tocó la luna, y la oscureció, como ahora se halla; pues en el principio lucía como el sol. Los espíritus que sustentan el trono divino tienen la cabeza tan gorda, que un ave volando con todas sus fuerzas no correría en mil años el espacio que hay de oreja á oreja. La magnitud del firmamento escede á toda medida astronómica. Concluiremos por hoy estos apuntes, trasladando tambien la muerte de Moisés. Caminaba solo por el desierto, cuando halló un sepulcro vacío, y se le antojó medirse con él. Viendo á un ángel que se le acercaba, le dijo Moisés:—¿A qué vienes?—A quitarte el alma.—¿Por don-

de? repuso la víctima; supongo que no me la quitarás por los ojos, porque vieron á Dios; por la boca tampoco, porque habló con el Señor; por los oídos tampoco, porque oyeron su voz; por los pies menos, porque subieron al monte santo; ni por las manos, porque recibieron sus dones.

Oyendo esto el ángel se fué á buscar una manzana del Paraíso, dióselá á oler, y en un estornudo arrojó Moisés el alma por las narices, y quedó allí sepultado, sin que nadie haya podido descubrir este lugar.

Á UN GIRASOL.

Del campo estrella dorada,
Flor de célicos amores,
Por el sol tan abrasada,
Que pudieras ser llamada
Mariposa de las flores.

Como ella buscas la luz
Sin que te arredre el temor,
Y en tu amorosa inquietud,
Con tierna solicitud
Giras en su rededor.

Y del bien á que te inclinas
Ni un solo instante olvidada,
Tus miradas encaminas
Hácia esas luces divinas
En que te miro bañada.

Cuando tu amado se aleja,
Cuando la noche importuna
Con triste ausencia te aqueja,
Porque allí su luz refleja,
Te vuelves hácia la luna;

Ó tu corola vistosa
Sobre la tierra se humilla,
Y cual solitaria esposa,
Adormecida y llorosa
Te encuentra el alba amarilla.

Pero si alegre destella
El rayo que te dá vida,
Alzas tu frente mas bella,
Para recibir en ella
El beso de bien venida.

¡Pobre flor! ventura escasa
Coronará tus amores;
El mismo sol que te abrasa
Te dejará mustia y lasa
Para dar vida á otras flores.

El impasible camina
Allá en su esfera lejana;
Y el rayo que te fascina,
Si hoy tus hojas ilumina,
Las abrasará mañana.

¿Qué vale una florecilla?
¿Qué vale una planta, dí,
Para el sol que tanto brilla?
Tú morirás, ¡pobrecilla!
Y él ni hará caso de tí.

MICAELA DE SILVA.



DOS SORTIJAS EN UN DEDO.

NOVELA.

(Continuacion.)

Resplandecian ya los salones con la viva luz de mil bugías; ejecutaba la orquesta una de las mas bellas partituras, y era ya la sociedad animada y numerosa, cuando se dirigió la atencion general hácia M. de Russelles, que entraba en aquel instante conduciendo de la mano á la joven viuda. Adelantóse Eugenia á recibir á su amiga; saludó graciosamente y como á un íntimo amigo á M. de Russelles, y condujo á Lowly á un sillón, junto á un enjambre de jóvenes bellas.

Bien presto, asediada la vizcondesa por un círculo numeroso, tuvo que sufrir la mortificación de oír unas mismas frases repetidas por veinte personas diferentes. Lamentábanse todos de que quisiera proporcionarles tan rara vez la dulce satisfaccion de encontrarla en las reuniones, y felicitaban al paso á la marquesa, por contarla entre el número de sus amigas, y mas aun por haber sido poderosa á hacerla romper la rígida reclusion en que vivia.... No hubo, en fin, caballero alguno, sin exceptuar á M. Luciano de Gauran, uno de sus mas ardientes perseguidores, que no viniese á deponer á los pies de la hermosa viuda de Sujol sus insípidos y fastidiosos homenajes. No pudo Alberto reprimir en su interior un vehemente arrebató de cólera cuando le vió acercarse á la mujer que adoraba, y faltó poco para que en el acto pidiera una satisfaccion á aquel hombre audaz que habia osado profanar con sus lúbricas miradas aquella sublime obra del Todopoderoso.

Disputáronse todos á porfia el honor de bai-

lar con Lowly, y con dificultad pudo Alberto alcanzar un wals hácia el fin de la noche.

—¿Quién podrá espresar jamás aquella embriaguez, aquellos momentos de grata voluptuosidad que experimentan dos amantes al obedecer á las modulaciones de la orquesta, como obedece al céfiro una flor?... ¿Quién podrá enumerar los dulces juramentos de amor cambiados durante el corto intervalo de un wals?

Arrastrados Lowly y Alberto por el encanto irresistible de la música, y por la impresion magnética de los brazos que estrechaban sus cinturas, habian olvidado el baile y la muchedumbre que los rodeaba; sintiendo inundada su alma de un placer inefable, inesprimible, como los placeres del Paraíso.

—¿Me atreveré, Lowly, á pedir os una gracia?

—¡Ah! ¿puedo yo rehusaros alguna cosa?... Hablad, pedid, ¿qué debo hacer?

—Una flor tan solo de las que adornan vuestra frente me haría el mortal mas feliz: yo la conservaría como un pedazo de la verdadera cruz recogida en la Tierra-Santa.

—¿Qué niño sois, Alberto! Tomad.... unas hojas de heliotropo. Ayer quisísteis divertir os con los emblemas: he estudiado vuestro ramillete, y lo he comprendido; mas para evitar os igual trabajo quiero descifrar os esta flor: *«recuerdos agradables que se estinguen, pero que seducen aun: pensamientos melancólicos que ceden, con todo, ante la debilidad del corazón.»*

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias!...

Y todo esto pasaba durante las rápidas vueltas de un wals, y sin que nadie comprendiese una palabra de su conversacion, ni menos reparase en el heliotropo arrancado del adorno de Lowly y entregado á M. de Russelles.

Al acompañar á Madama de Sujol á su asiento, quiso probarla Alberto que no olvidaba nada que pudiera recordarle su memoria; y quitando el guante, la mostró la mano en que brillaba la sortija que habia recibido de ella. Sonrióse Lowly graciosamente; fijó su vista en la mano, y

repentinamente, como asustada por un espectro, cerráronse sus ojos y plegóse su cándida frente, como suelen las tranquilas aguas de un lago al suave impulso de la brisa de la noche. Recelando Alberto una indisposicion repentina, multiplicó con ansiedad sus preguntas; pero apenas obtuvo por toda respuesta algunos monosílabos casi ininteligibles. Acercóse á la sazón M. de Gauran para recordar á Madama de Sujol su promesa para la próxima galop. Apresuróse Lowly á responder que no la habia olvidado; dirigiéndole despues una de esas frases de cajon sobre el excesivo calor ó sobre los paseos de Longchaps; y esto porque sabia muy bien que Alberto aborrecia de muerte á aquel hombre. Alejóse Alberto, no pudiendo sofocar su indignacion, y oprimido convulsivamente el corazón con tan inesplicable mudanza.

Hácia la madrugada, y próximo á finalizar el baile, tuvo bastante presencia de ánimo para acercarse á Lowly de nuevo.—¿Me permitireis, señora, la dijo, que os ofrezca mi brazo hasta dejar os en vuestro palacio?

—Gracias, caballero, contestó con un tono desabrido que no esperaba respuesta; os lo agradezco infinito, pero no pienso retirarme. La marquesa de Plombino, añadió, me dará un asilo por lo que resta de noche. Y volviéndose á su amiga, que llegaba en aquel instante, continuó: ¿No es verdad, querida mia? tú me darás una cama por hoy; porque, en verdad, tu baile ha estado tan alegre, tan animado, que me parece inevitable un resfriado si he de volver al palacio de Sujol.

Acogió Eugenia con alegría la proposicion, y aseguró á su amiga del placer que recibiría en dormir con ella bajo un mismo techo. Levantóse entonces, y tomando del brazo á M. de Russelles, inmóvil aun, y como petrificado á vista de la estraña conducta de Lowly, le condujo hácia la puerta. Dejóse arrastrar, por decirlo así, maquinalmente, volviendo otra vez al salon y cediendo como un autómeta al movimiento que se le daba. Retratábase en sus facciones la estupi-

dez del pasmo y del despecho. Solo pudo oír las últimas palabras de la marquesa al entrar de nuevo en la sala, dándole gracias por su estre-mada cortesanía. Mas no creyendo haber hecho nada que mereciese tanto reconocimiento, paró-se un momento á reflexionar si la negativa gla-cial de Madama Sujol no habria paralizado todas sus facultades.

La marquesa de Plombino vino á recordarle cuánto habia de amargo en su situacion, por las palabras que al sentarse dirigió á su amiga.

—Acabo de dar la orden, querida mia, la di-jo, para que coloquen una cama para tí al lado de la mia; tomarás mañana conmigo el desayu-no, y me comprometo á acompañarte despues hasta tu palacio; es negocio concluido.

El infeliz Alberto no aguardó las últimas pa-labras; volvió bruscamente las espaldas, salió del salon, y se halló bien pronto en los boule-vards, sin haber pensado siquiera en saludar á Eugenia. Despertó entonces, por decirlo así, y como al demandarse á sí mismo la razon de ha-llarse solo y vagando á las tres de la madruga-da por las orillas del Sena, la respuesta le con-dujo naturalmente á pensar en Madama de Su-jol, iba ya á arrojarse en las aguas del rio, y hubiera sin duda consumado su designio, si una mano que sintió apoderarse de su brazo no le hu-biese distraído de sus melancólicas ideas.

III.

Pesadilla.

Amanecía ya cuando entró Alberto en su ca-sa. Su rostro pálido y desencajado, y sus des-ordenados cabellos, revelaban la mas violenta desesperacion. Estrujaba convulsivamente entre sus dedos una carta, cuyo contenido parecia col-marle de dolor; porque al fijar en ella sus ojos de rato en rato, corrian por sus mejillas abun-dantes lágrimas, y caminaba á largos pasos del uno al otro extremo de la sala. Salió por fin de

esta especie de estupor, y tiró con violencia del cordon de la campanilla, suspendido cerca de sí. Acudió con presteza el ayuda de cámara, y re-cibió la órden de procurarse en el acto unos ca-ballos de posta. Tan luego como estuvieron dis-puestos, subió en la silla y mandó al postillon seguir el camino de Lyon.

Mientras iban desapareciendo de su vista el arrabal de San-Marceau y la barrera de Italia, fijóse su pensamiento en Madama de Sujol, de la cual le habia momentáneamente distraído el con-tenido de la carta que se le habia entregado en el instante mismo en que iba á consumir el in-sensato proyecto que concibiera contra sí.

Reproducíale fielmente la imaginacion hasta sus mas insignificantes palabras y hasta sus mas leves movimientos, intentando siempre, aunque sin fruto, hallar la clave del enigma cuya solu-cion con tanta ánsia buscaba; hasta que al cabo de todas estas cosas vino á persuadirse que al tratarle Lowly de esta manera, no llevaba otra mira que la de adquirir una prueba indubitable de la sinceridad de su amor. Así, como ordina-riamente sucede, á fuerza de querer adivinar los secretos motivos que habrian podido impulsar la estraña conducta de la vizcondesa, acabó por creer que habia dado finalmente en el punto de la dificultad; tomando en su consecuencia la fir-me resolucion de soportar con valor una prueba que por otra parte debia serle tan costosa. Arre-pintióse entonces de no haber puesto en conoci-miento de Lowly su repentino viage, declarán-dole además las poderosas causas que lo habían hecho indispensable; y para que no pudiese in-terpretar siniestramente su ausencia, se propuso escribirle tan luego como hubiese llegado á Lyon.

(Se concluirá.)